

¿La novela de *tu* vida? El lector ideal en la secuencia 42 de *La novela de mi vida* de Leonardo Padura Fuentes

JULIA DE IPOLA

ENS-ULM – SORBONNE UNIVERSITÉ

jdeipola@clipper.ens.fr

1. La historia del manuscrito de las memorias de José María Heredia representa, en *La novela de mi vida* (2002) de Leonardo Padura Fuentes, la más breve de las tres líneas narrativas que componen el relato, y es asimismo la última en aparecer, en la quinta secuencia de la novela. Sin embargo, cronológicamente hablando, el relato del devenir de las memorias en manos de los masones matanceros de comienzos del s. XX se sitúa en una posición intermedia, entre la autodiégesis ficticia de José María Heredia de comienzos del siglo XIX y la historia de exilio y retorno de Fernando Terry en la Cuba posrevolucionaria; nos referiremos por ende a ella como la segunda línea narrativa de la novela. La importancia de esta segunda línea narrativa excede no obstante su función bisagra. Por un lado, la diégesis de aquella que más se asemeja, tal vez, al género de la novela histórica hace las veces de clave de lectura, en tanto permite entender, completar y poner en perspectiva las otras dos líneas narrativas. Por otro lado, la historia de las memorias del poeta, al ser también –e, intentaremos mostrar, ante todo– la historia de los lectores del manuscrito, aparece como la línea en la cual el autor pone en escena la recepción de la obra de José María Heredia, programando, a través de este mismo gesto, la de la suya propia.
2. Este trabajo se concentrará en este último aspecto de la segunda línea narrativa, a través del análisis de un episodio en el cual aparecen confrontados, tanto explícita como hipotéticamente, distintos lectores y posibles herederos del manuscrito. En la cuadragésima segunda secuencia narrativa, perteneciente a la segunda parte de la novela, el manuscrito se encuentra en manos de los masones de la logia Hijos de Cuba. Al final de la primera parte, José de Jesús, el heredero legítimo, ha ordenado, en su lecho de muerte, la destrucción de los papeles, que ha quedado a cargo de Cristóbal Aquino tras la negativa de Cernuda de obedecer la voluntad del moribundo.

En esta secuencia, Aquino, habiendo ya leído los papeles, se pasea por Matanzas, buscando (en él, en Cernuda, en el paisaje) la respuesta a la cuestión que carcome sucesivamente a los depositarios del manuscrito: qué hacer con él. La escena es así una variación del tema que escande la segunda línea narrativa (un personaje ha leído las memorias y debe tomar una decisión), declinado aquí en los personajes que encarnan, por su integridad ética, los valores masónicos y patrióticos en su forma más pura.

3. La secuencia, narrada en tercera persona del singular por un narrador externo omnisciente, con una focalización no obstante oscilante –volveremos sobre ello–, da a ver las reflexiones de Aquino y el diálogo de éste con Cernuda, unas y otro atravesados por la disyuntiva en torno a la quema de los papeles (alternativa presente desde la primera aparición de esta segunda línea narrativa, reiterada a lo largo de la narración, como un indicio ominoso de la resolución final). Tras el diálogo, parece afirmarse en la conciencia de Cristóbal Aquino la posibilidad de ceder los papeles a Ricardito Junco, aquel que precipitará finalmente, y a sabiendas, la desaparición del manuscrito, movido por la perspectiva del lucro.
4. Se esgrime entonces así una tensión entre la figura de Aquino como lector ejemplar y su toma de decisión, que catapultará finalmente la destrucción de la obra. Partiendo de dicha tensión, buscaremos entender cómo se construye en este fragmento una figura imperfecta del lector legítimo y auténtico del manuscrito de José María Heredia. A través de esta problemática intentaremos mostrar que Padura proyecta, en filigrana, una imagen del lector ideal con el fin de programar la recepción de su propia obra.
5. Realizaremos una lectura lineal de la secuencia narrativa, que seguirá los movimientos del texto. En un primer momento, entre las líneas 1 y 59, nos concentraremos en la presentación ambivalente del personaje de Aquino como lector predestinado para la recepción de las memorias de José María Heredia. Luego, entre las líneas 60 y 136, analizaremos la construcción dialéctica de la figura del lector ideal que surge del diálogo entre los dos hermanos masones. Finalmente, a partir de la línea 137 y hasta el final del fragmento, nos enfocaremos en la presentación de Aquino como un lector mesiánico, capaz de encarnar la memoria de José María Heredia, lo que nos permitirá interrogarnos sobre la concepción de la relación entre autor y lector.

1. La presentación ambivalente del personaje de Aquino como lector habilitado del manuscrito: entre la providencia y el terror (l. 1–59)

6. Empezaremos analizando la aparición del personaje de Cristóbal Aquino al comienzo de la secuencia narrativa. Este se pasea por el paseo Martí (el antiguo Paseo Nuevo), esperando la llegada de Cernuda. Asistimos entonces, en primera instancia, a las disquisiciones del personaje que, poco antes, ha leído el manuscrito.

A. UN LECTOR PREDETERMINADO

7. En este primer movimiento del texto, varios indicios contribuyen a destacar la figura de Aquino como la de un lector predeterminado para aparecer como el receptor ideal del texto de José María Heredia. Notamos en primer lugar que éste ha llegado temprano a la cita (“consciente de haberse adelantado demasiado a la hora fijada para la cita” l. 17-18), su actitud es la del pionero. Su género y su grado masónico son dos factores fundamentales para su predisposición a la adecuada recepción de las memorias. A estos se suma un tercero, de orden biográfico: al deambular, angustiado, por el paseo, Aquino ve el “busto modesto de Martí que vino a sustituir a la gigantesca estatua de Fernando VII, derribada de su sitio en 1900 por unos jóvenes entre los cuales él mismo se hallaba” (l. 6-8). Si el joven José María Heredia había buscado destituir al tirano por las armas o mancillar su poder gracias a la escritura, Aquino, en su juventud, inscribiéndose en la continuidad del poeta, ha intentado destruir simbólicamente “los símbolos del pasado colonial” (l. 9).
8. Su rebeldía pasada permite establecer un paralelismo entre su figura y la de José María Heredia, pero se inscribe asimismo en una lógica de redención: Aquino ha derribado la estatua de aquel “rey español” (nótese la explicación del gentilicio) que había condenado a José María Heredia, que había “torcido su existencia de hombre y de poeta” (l. 31-32). Al mismo tiempo, la mirada de José María Heredia le permite llevar a cabo el “redescubrimiento” (l. 13) de Matanzas. En un fragmento que insiste sobre la ruptura con el pasado hispánico, la utilización de dicho sustantivo, que permite repensar la noción de descubrimiento en una perspectiva poscolonial, no es anodina. Escritor y lector se vuelven, el uno para el otro, “desfacedor[es] de entuertos históricos” (Lepage, 2019).

B. UN LECTOR MARCADO POR EL TEXTO

9. Aquino es un lector que, tras la lectura, aparece impactado por el texto. Lleva su marca, del mismo modo que las casuarinas del paseo, al comienzo del fragmento, se encuentran “mil veces tatuadas” (l. 2). Aquino se ve así reflejado en el paisaje matancero, por medio de un procedimiento (estereo)típicamente romántico que no deja de hacer eco a la obra de José María Heredia. El personaje, tras haber descubierto los secretos de las memorias del poeta decimonónico, no consigue “quitarse de la mente [...] la descarnada confesión de José María Heredia” (l. 20-21); le es imposible “librarse del recuerdo” (l. 36), que lo acecha (“lo perseguía”, l. 29). A través de este recuerdo, y mediante la metagoge, el manuscrito adquiere características animadas: las páginas de las memorias de José María Heredia están “desvaídas pero vivas a pesar de los casi cien años transcurridos desde su escritura” (l. 46-47), el espectáculo del sufrimiento del poeta tiende sus “tentáculos” (l. 49), apresando así al lector novicio. Éste se encuentra como poseído, el texto lo mantiene en vilo durante la lectura (“durante dieciséis horas no había hecho otra cosa que fumar y leer aquellas singulares memorias”, l. 44-46) y una vez finalizada ésta (“al punto de robarle el sueño y el habitual sosiego de su vida”, l. 55). El personaje tiene la sensación de “estar presenciando un acto irrepetible” (l. 47-48), de vivir “una de las más insólitas experiencias de su larga estancia en la tierra” (l. 43-44): notamos que los adjetivos empleados ponen de relieve la unicidad del fenómeno, que adquiere las características de una revelación.
10. La impronta que el texto deja en el lector permite a su autor (“la mirada de José María Heredia”, l. 11) manipular al lector (“manipulando a su antojo la de Cristóbal Aquino”, l. 11-12). La elección del gerundio, que establece una relación con la actividad manual que representa la escritura, invita ya a tomar en cuenta la dimensión metatextual del fragmento, en la que el propio Padura aparecería como manipulador de su lector –a través del gesto mismo de la programación de la recepción, sobre el que volveremos. Vale destacar que el verbo “manipular” reaparece en la reflexión de Aquino acerca de Fernando VII, que, ha “torcido” la “existencia de hombre y de poeta” de José María Heredia “como se manipula la de una marioneta despojada de voluntad” (l. 31-33): ¿la escritura como forma de recuperar el poder que el tirano le ha quitado? ¿o un indicio, tal vez, del carácter tiránico que puede entonces adquirir la escritura? A Padura, como a las marionetas, se le pueden ver algunas costuras.

C. UN EXÉGETA

11. La predisposición a la recepción adecuada y el singular efecto –de tintes místicos, cuando no religiosos– que el texto imprime en Aquino hacen del personaje un perfecto candidato a exégeta de las memorias de José María Heredia. El masón se encuentra por un lado con “reveladoras significaciones” (l. 16) sobre la historia de Matanzas y así, como hemos señalado, mira la ciudad con nuevos ojos a lo largo del fragmento. Pero, sobre todo, Aquino accede mediante el texto a la “humanidad desnuda”, a la “descarnada confesión” (l. 20-23) del poeta, es decir a una verdad pura, fundamental, inmediata. Así, entre las líneas 30 y 35, queda de manifiesto que Aquino ve a Heredia como una víctima, cuya vida ha sido “destrozada por la traición, el desarraigo y el olvido” (l. 34), subrayando entonces su pasividad frente a los golpes del destino y la saña de los poderosos (“siempre a merced de los designios de la política y las tiranías”, l. 35). Más aún, a partir de la línea 36, se pone de relieve que Aquino recuerda en particular “la última conversación de Heredia con Lola Junco”, que lee como “el colofón de un castigo desproporcionado”, que considera “capaz de destrozarse al más insensible de los hombres” (l. 39-40). Este lector entiende, legitima y señala, entonces, el desgarramiento sentimental como la motivación fundamental del accionar de José María Heredia; a su exégesis minuciosa se contraponen el apodo, reproducido en la línea 41, de “Cantor del Niágara”, etiqueta *mainstream* empleada por quienes no conocerían las verdades profundas de la vida del poeta.
12. De este modo, Aquino aparece como el receptor ideal en la medida en que es aquel capaz de medir y comprender el sufrimiento del autor de las memorias, y las desesperadas motivaciones que guían sus actos. Es aquel, también, que pone énfasis en aquello que constituye la originalidad, si se quiere, de la empresa de Padura: la invención de la historia de amor con Lola Junco como nudo fundamental de la biografía del poeta. En ese sentido, es también el receptor ejemplar de la ficción paduriana.

D. ¿UNA FISURA?

13. Nos queda por interrogar, para terminar este primer movimiento, la actitud de Aquino frente a la carga que le ha sido impuesta. Notamos que el fragmento se abre con un comentario sobre el malestar físico que el peso de la decisión que debe tomar produce en el personaje: “atenazada por la

angustia sentía la garganta” (l. 1). Mediante la hipálage, el participio irrumpe desde el comienzo de la frase, poniendo de relieve la intensidad del dolor y dejando de manifiesto su carácter inopinado e invasivo; del mismo modo, la aliteración velar subraya, o emula, incluso, la tensión producida por la angustia en la laringe. Como las casuarinas, Aquino no está simplemente tatuado: tiene auténticas “heridas” (l. 3).

14. Su vulnerabilidad física refleja ante todo su estado emocional. La focalización interna da a ver a un Aquino atormentado (“no podía quitarse de la mente, quizá para el resto de sus días”, l. 20-21: nótese el uso del modalizador): la inestabilidad del personaje aparece a flor de piel. En efecto, la lectura de los papeles “había resquebrajado sus pocas convicciones” (l. 50-51), y la “responsabilidad” que lo concierne parece “empecinada en desbordarlo” (l. 54). Estas imágenes de la fisura y el rebalse dejan entrever una fragilidad en el lector del manuscrito, aterrado ante la perspectiva de la toma de decisión. Aquino es un lector ideal, pero tal vez no sea un receptor perfecto. Queda de manifiesto que no puede arbitrar solo: de allí su esperanza puesta en “las casuarinas el mar y la historia” para poder “tomar la más justa decisión” (l. 57-59) y, sobre todo, su desesperada petición de ayuda a Cernuda.

2. La construcción dialéctica del personaje de Aquino en el diálogo con Cernuda (l. 60–136)

15. A partir de la línea 60, entre en escena Carlos Manuel Cernuda, iniciando el segundo movimiento del texto, caracterizado por el diálogo entre los dos hermanos masones. El encuentro se inicia con el saludo masón (el “toque de identificación masónica”, l. 65), inaugurando simbólicamente un segmento en el cual quedará paradójicamente de manifiesto la oposición entre la figura de Aquino y la de otros tres personajes masones – entre las cuales, en particular, la de su propio amigo Cernuda–. Mediante el estudio de estas dicotomías buscaremos dar a ver la construcción dialéctica del personaje de Aquino como la del único lector que, aún aterrado, se compromete con la posteridad del texto.

A. FRENTE A JOSÉ DE JESÚS, EL HIJO DE SANGRE

16. El primer personaje citado en el diálogo entre los dos hermanos masones es José de Jesús, el último hijo legítimo de José María Heredia, que ha cedido los papeles de su padre a la logia Hijos de Cuba pero que ha, en su lecho de muerte, ordenado su destrucción. El espectro de la voluntad del difunto se hacía presente en las reflexiones de Cristóbal Aquino, que se interrogaba sobre el peso de un “juramento dicho a un muerto, más que a un moribundo”: la epanortosis buscaba ya matizar la falta que supone la ruptura de la promesa que se anuncia desde el comienzo del fragmento.
17. El hijo de sangre del poeta aparece a lo largo de la novela como aquel que no está a la altura de su herencia, y su debilidad permite aquí hacer sobresalir la figura de Aquino. José de Jesús es aquel que, a la hora de ejecutar una decisión –aunque esta fuera llevar a cabo la quema de los papeles–, “no se atrevió a hacerlo” (como tampoco se atrevió Ramiro Junco: ambas ramas de los descendientes, que se encuentran por primera vez en la secuencia duodécimo quinta, faltan a su deber). La cobardía del hijo de sangre de Heredia es también un modo, para los hijos putativos, de legitimar su desacato del “mandato” (l. 85). La imagen de la “balanza” (l. 85), en la que Aquino pone la voluntad de José de Jesús, de un lado, y la “verdad oculta” en las memorias del poeta, del otro, remite a un símbolo masónico –y universal– de la justicia, que legitima “la conservación del manuscrito y su publicación” como acto de fidelidad no ya hacia José de Jesús, sino hacia José María Heredia. Esta metáfora contrasta con la expresión utilizada por Cernuda al comentar el mandato de José de Jesús: “es que no es justo con Heredia” (l. 73-74). Así, la infidelidad hacia el hermano masón muerto se ve resignificada en justicia y fidelidad hacia el poeta.

B. FRENTE A RICARDITO, EL HEREDERO CORRUPTO

18. El segundo personaje respecto al cual se construye la figura de Aquino es Ricardo Junco, gobernador de la provincia de Matanzas y uno de “los herederos de Ramiro Junco y, por tanto, de José María Heredia” (l. 96).
19. Por su ascendencia, Ricardo constituye la principal opción que barajan tanto Aquino como Cernuda para la entrega de los papeles. Cernuda basa su argumentación en el derecho de sucesión (“tiene un derecho que nadie puede discutir”, l. 106) y recalca que los papeles de Heredia le corresponden

a Ricardito (“le pertenecen a él”, l. 107), por ser “el hijo mayor de Ramiro” (l. 107).

20. Sin embargo, tal idea produce un “intenso malestar” (l. 100) en Aquino. “Ricardito no es Ramiro”, comenta el protagonista del fragmento (l. 101), inscribiendo su propia reflexión en la lógica de oposiciones dicotómicas entre personajes. Los términos utilizados para describir a Ricardo Junco generan una gradación: Cernuda dice que es un “político” (l. 103), Aquino replica que es un “ladrón” (l. 104), y habla incluso de él como un “tiburón” (l. 109), empleando para describirlo el mismo término que Carmen Junco en la primera línea narrativa. El personaje es un machadista corrupto, “cada día más rico” (l. 109-110), gracias a las obras de infraestructura públicas (la “carretera Central”, la más famosa de estas obras, es mencionada por Aquino) llevadas a cabo por el gobierno nacional en las décadas de 1920-1930; de allí su comparación con un depredador, que al aparecer varias veces en la novela genera un juego de ecos que invita ya al lector de la novela de Padura a detener la mirada en este personaje.
21. La integridad ética de Aquino, aquella misma que lo empuja a querer conservar los papeles, choca de lleno con la venalidad del posible futuro poseedor del manuscrito: la legitimidad de Aquino como lector y heredero putativo del manuscrito queda una vez más de manifiesto por contraste, esta vez frente a un heredero legítimo cuya actividad política no puede sino generar desconfianza. Pero el heredero putativo es, contradictoriamente, aquel que cree en la justicia y que por ende debe remitirse al heredero de sangre. Aquino se encuentra así frente a un dilema, que Cernuda reconoce como tal. Sin embargo, entre estos dos personajes se genera también una ruptura, justamente, por sus divergentes actitudes frente a dicho conflicto.

c. Frente a Cernuda, el hermano masón

22. Si este segundo movimiento del texto se iniciaba con el encuentro de los dos hermanos masones y la afirmación de su fraternidad mediante el saludo característico, la conversación entre Aquino y Cernuda da a ver, ante todo, una brecha entre los dos personajes. Estos se instalan en “uno de los bancos de granito” del paseo, “dando las espaldas a la ciudad y el rostro al mar verdoso de la bahía” (l. 65-67). Su posición, de frente al mar, permite pensar en un juego de reflejos; sin embargo, la conversación que ambos

mantienen no hace sino consagrar la ruptura del espejo entre Aquino y Cernuda.

23. En efecto, si el primero se muestra profundamente comprometido con el destino de los papeles, el segundo elige desentenderse (“no quiero tener nada que ver con todo eso”, sentencia, en la línea 24). Aquino pregunta “¿qué hacemos?” (l. 82), utiliza la primera persona del plural, buscando generar, a través de la enunciación, un sentido de colectividad, de comunión para enfrentar el problema; Cernuda, por su parte, responde con una negación, y mediante la primera persona del singular (“yo no voy a hacer nada”, l. 83), rompiendo la unión y desvinculándose del asunto. Cernuda, ya en la línea 115, intenta marcharse (“se puso de pie, dispuesto a emprender la retirada), pero su hermano masón busca retenerlo, interpellándolo (“oye, viejo, ¿qué te pasa con esos papeles?”, l. 116-117) –al final, infructuosamente.
24. Cristóbal Aquino intenta comprender el rechazo visceral de su interlocutor a la hora de hacerse cargo del destino del manuscrito. Indaga, en un primer momento, en torno a posibles motivos familiares (“¿es por tu abuelo?”, l. 117), que Cernuda refuta inmediatamente (“yo no soy Junco, ni del Monte, “mi abuelo vivió su vida sin preguntarme a mí lo que yo pensaba” l. 120-121): a diferencia de muchos otros personajes, este masón no se mueve por motivos de filiación, poder y orgullo familiar. La actitud de Cernuda no tiene que ver con su abolengo, sino con una convicción íntima y una posición personal, en la que radica, finalmente, su oposición con Aquino.
25. La divergencia fundamental entre los dos personajes está en su posicionamiento frente a la Historia y la verdad. Cernuda considera que “no es [su] problema”, pero Aquino lo contradice, sermoneándolo: “la historia de este país es tu problema” (l. 126). La respuesta de Cernuda (“me importan un bledo”, l. 132), muy coloquial, contrasta con la solemnidad de las admoniciones de su interlocutor. Y es que Aquino considera que es justamente “la misma historia de este país” la que “[le] enseña que lo mejor es no mezclarse, vivir al margen” (l. 131), puesto que en Cuba, eso “que se llama la verdad”, que Aquino busca reivindicar, “casi nunca ha servido para nada” (l. 136). El sincericidio del personaje deja ver una figura desengañada, frente a la cual Aquino aparece como el único dispuesto a comprometerse de alguna manera con la Historia –al igual que Heredia. La prefe-

rencia de Cernuda por “vivir al margen” puede entenderse también en un sentido textual, apuntando ya hacia la dimensión metaliteraria que atravesará el tercer movimiento del fragmento: el personaje se retira de la escena y, así también, del centro del texto, dejando a Aquino solo como responsable de la decisión y como protagonista del fragmento.

3. ¿Aquino como reencarnación de Heredia? La relación entre autor y lector (l. 137–162)

26. En este tercer y último movimiento, nos detendremos en las reflexiones de Aquino que, tras la partida de Cernuda, se erige como el único lector dispuesto a hacerse cargo de la responsabilidad que le impone el texto de Heredia. Este receptor elegido adquiere entonces una dimensión mesiánica, que lo hace aparecer, en buena medida, como un enviado del poeta. Este tratamiento de la relación entre autor y lector nos llevará a interrogar la dimensión metaliteraria del fragmento, construida en torno a un juego de reflejos que no deja, sin embargo, de albergar una dimensión ominosa.

a. Un lector mesiánico

27. Una vez que Cernuda, “el único ser en la tierra que conocía la existencia del documento” (l. 138-9), se marcha, Aquino queda “solo” (l. 140): este, abandonado por los suyos pero convencido de su deber, se ve entonces dotado de un carácter mesiánico, en una escena marcada por ecos bíblicos. El personaje se acerca al mar y “avanza unos pasos sobre las rocas lamidas por el agua” (l. 147), a la manera de un Cristo que caminaría por sobre las aguas. A través de la figura del Hijo, Aquino se afirma como hijo espiritual de José María Heredia. Y, en ese sentido, comparte con el poeta una esencia, al punto que la experiencia de uno y otro sujeto parecen confundirse en estas líneas. En efecto, Aquino se encuentra en el Yumurí (observa la “desembocadura del Yumurí”, l. 149), sitio clave para la educación sentimental del poeta, y que no deja de recordar en particular la escena previamente citada de la última conversación de José María Heredia y Lola Junco, en la que se juega, como para Aquino ahora, una decisión vital para el personaje masculino.

28. Esta superposición de vivencias da lugar, al mismo tiempo, a una fusión de las miradas de los personajes. Si este fenómeno ya estaba presente al comienzo del fragmento (recordemos que Heredia manipulaba la mirada del protagonista), notamos que toma aquí dimensiones particularmente significativas. La mimetización con la mirada de Heredia dispara la imaginación de Aquino, que si bien “desconocía quiénes eran los dueños de la embarcación” (l. 153) que sale al mar, se los representa “elegantes, pulcros, satisfechos, con sus manos limpias y sus conciencias tranquilas” (l. 154-155). Estos “seguramente habían olvidado” (l. 156) el origen de la riqueza matancera (cómo “por aquel mismo río subieron hacia los ingenios del valle las dotaciones de esclavos, cómo los ricos cubanos se encargaron “por años de retardar el fin de la esclavitud y la independencia de Cuba”, l. 157-161), y su ingenuidad vendría a contrastar con la “mirada cargada de claridad y resentimiento” (l. 162-163) del protagonista. El modalizador “seguramente” señala la presencia del discurso indirecto libre que reproduce las reflexiones de Aquino, que tiende a borrar los contornos de la enunciación, así como se borran los de las miradas de Aquino y de Heredia. De allí la ambivalencia del deíctico en el sintagma “aquella mirada” (l. 162), que puede remitir tanto a la de Heredia como a la de Aquino. La percepción del autor y la del lector se solapan, y a la relación de filiación se añade en este fragmento un componente místico: el segundo aparece como una reencarnación o un enviado del primero.

B. EL JUEGO DE REFLEJOS

29. La puesta en escena de la relación entre autor y lector en este último movimiento de la secuencia narrativa invita a prestar particular atención a la dimensión metaliteraria del texto. Diversas imágenes que atraviesan estos párrafos señalan la presencia de una mise en abyme. La evocación de Ricardo Junco como una “ficha posible” en el “dominó” (l. 144) que representa la historia del manuscrito hace pensar en la estructura combinatoria de la novela, del mismo modo que la mención de los ríos Yumurí y San Juan (l. 149-150) que desembocan en el mar podría remitir a la coexistencia de distintas líneas narrativas que alimentan una misma novela. Más generalmente, el mar, fundamental en la novela, como queda de manifiesto en una de las portadas de las ediciones Tusquets (Wajntraub 2020), hace las veces de gran espejo; la “pequeña bandera cubana” (l. 152) del yate de recreo indica que este agua refleja, en miniatura, toda Cuba –al igual que

busca hacerlo la novela de Padura. Este agua, por su claridad, ofrecería una representación transparente, capaz de develar la auténtica esencia de la cubanía.

30. En efecto, Aquino concluye frente a esta escena que jamás habría visto Matanzas con esos ojos nuevos “de no haber compartido con Heredia la novela de su vida” (l. 163-164). La reversibilidad del posesivo “su” genera una nueva confusión de las figuras de Aquino y Heredia y, por su referencia explícita al título de la obra, invita finalmente a considerar el rol del lector en el proyecto paduriano. Como subraya Sabrina Wajntraub (2020), la segunda línea narrativa funciona como un espejo para el lector, una biografía performativa de éste, que lo convierte en personaje biografiado: en *La novela de mi vida*, el posesivo “mi”, con valor déictico, puede, entre otras hipótesis, entenderse como un significante vacío cuyo significado se generaría y se actualizaría en el acto de lectura. El libro sería un espejo, ante todo, en el que se miraría el lector.
31. Pero además de ser performativa, la biografía del lector de la novela estaría pre-escrita: la recepción de la obra estaría programada en estos personajes-lectores que fungirían como diversos reflejos, más o menos deformados, del lector. Así, Aquino vendría a encarnar la versión perfeccionada de dicho espejo, el reflejo ejemplar al que todo lector debería aspirar. El receptor ideal, advertimos entonces, es aquel que, si nos remitimos al primer punto de esta tercera parte, se presenta como un enviado del autor, al extremo de poder casi mimetizarse con este.

C. UNA DIMENSIÓN OMINOSA: LOS LÍMITES DE LA RECEPCIÓN

32. La empresa a la que está destinado Aquino se ve sin embargo marcada por una dimensión ominosa, que analizaremos para finalizar. Notamos que en cuanto Cernuda se marcha, Aquino vuelve “a sentir las tenazas de la angustia” (l. 139), y que aparece debilitado, “arrastrando un gran cansancio” (l. 146): el tercer movimiento de la secuencia narrativa hace eco al primero, y vuelve a mostrar la inestabilidad –física y emocional– del personaje, señalando tal vez que, a pesar de su enaltecimiento comparativo, una inseguridad fundamental persiste.
33. La “ingrata decisión” (l. 140) que debe tomar no está exenta de una forma de peligrosidad: a Aquino se “le marcaba un camino peligroso” (l. 142). La metáfora del sendero adquiere un tinte particularmente

funesto si se considera el paralelo entre el camino figurado que ha de tomar Aquino y la descripción del paseo Martí, “que moría en el mar”. Esta presencia de la muerte al final del camino, extremo al que se dirige física y figuradamente el personaje, parece prefigurar la resolución de la historia del manuscrito.

34. En efecto, Aquino toma finalmente la decisión que se esboza en este fragmento y, en la secuencia 51, Ricardito Junco recuerda el momento en que recibe, de parte de su hermano masón, los papeles de su bisabuelo... que procede a vender a quien los destruye inmediatamente. Aquino, entonces, se equivoca: su elección, que sacrificaba la fidelidad a la voluntad de su hermano masón en pos de la memoria de José María Heredia, no logra asegurar la supervivencia del manuscrito del poeta y aparece como una mera opción por la filiación sanguínea. Ni siquiera el lector habilitado, predeterminado y predisuesto logra, a fin de cuentas, estar a la altura de las circunstancias. El receptor, aun el más ejemplar de todos, parece sentenciar Padura, es fundamentalmente imperfecto: el espejo que el autor tiende al lector viene fallado.

Conclusión

35. En la secuencia narrativa estudiada en este trabajo, el lector ejemplar se encuentra encarnado en la figura de Aquino, que aparece como el lector habilitado y capacitado para la recepción apropiada del manuscrito, y que queda a cargo de la decisión clave para el destino de éste. Por medio de este personaje, Padura programa la recepción de la novela de la vida de Heredia y, al ser esta una autobiografía ficticia escrita por él mismo, también la de su propia obra. El lector ideal es aquel que se dedica con cuerpo y alma a la lectura, que comprende el sentido profundo de la obra –más allá de las etiquetas comúnmente atribuidas al autor–, y cuya integridad ética lo obliga a tomar en serio las responsabilidades que lo acometen, tornándolo en un lector activo, consciente de la dimensión pragmática de la recepción.
36. Pero Aquino, sabemos, falla en su misión, como ya se anuncia en este fragmento. En conclusión, el lector predestinado de Padura es un lector imperfecto. El autor programa una recepción marcada por una brecha: si Ricardo no es Ramiro, Aquino no es Heredia, y ningún lector es Padura. Ningún masón está a la altura de Heredia y ningún lector está a la altura de

Padura. La imposible identificación como falla fundamental en la figura del receptor ideal parece decir finalmente una cosa: el único lector cien por cien habilitado de Padura no es otro que él mismo.

Bibliographie

LEPAGE Caroline, “García Márquez, ¿historiador o desfacedor de entuertos históricos? (Breve análisis del incipit de *El general en su laberinto*, 1989), in BURGOS CANTOR, Roberto (comp.), *Caminos divergentes. Una mirada alternativa a la obra de Gabo*, Bogotá, Ediciones Universidad Central, 2019.

PADURA Leonardo, *La novela de mi vida*, Barcelona, Tusquets, 2002.

WAJNTRAUB Sabrina, “1, 2, 3, partez! Des enjeux du triple et du double dans le début pluriel de *La novela de mi vida* (2002) de Leonardo Padura”, *Crisol*, série numérique 13, 2020. <http://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/265/282>

WAJNTRAUB Sabrina, “Des enjeux de la première de couverture dans la réception de *La novela de mi vida* (2002) de Leonardo Padura Fuentes. Analyse comparative des premières de couverture des premières publications en grand format aux éditions Tusquets (Espagne) et Métailié (France), *Crisol*, série numérique 13, 2020. <http://crisol.parisnanterre.fr/index.php/crisol/article/view/262/279>